

JUVENTUD POSTMODERNA: ¿TRANSVALORACIÓN O DERIVA? ALERTAS PARA URGENTES REVISIONES PSICOPEDAGÓGICAS

*Postmodern youth: transvaluation or lost of direction?
Warnings for urgent psychopedagogical reviews*

Teresa Sánchez Sánchez

RESUMEN: *Este trabajo ofrece una visión en caleidoscopio de aspectos muy diversos y variables que van desde lo somático a lo social, pasando por lo psicológico, cultural y tecnológico, y que configuran un perfil de la juventud postmoderna con el que los profesionales de las Ciencias Humanas nos careamos a diario. Las metamorfosis corporales, la soledad hiperconectada y el autismo afectivo pese a la sobreinformación que reciben, la dificultad para asimilar y simbolizar el conocimiento y las vivencias emocionales, la ambigüedad del juego sexual, la búsqueda de referentes para la identificación, el yo inestable, la exposición al riesgo y a los límites para aumentar la percepción de la vida, etc. son algunos de los aspectos analizados. Esta agria radiografía ofrece material para la reflexión a educadores, psicólogos y sociólogos, pues entre todos hemos de componer un puzzle integrador que ayude a metabolizar valores y líneas de maduración psíquica en los adolescentes y jóvenes a cuya formación nos dedicamos.*

Palabras clave: *Juventud post-moderna, valores nuevos, perspectiva psico-social, emociones, metas culturales.*

ABSTRACT: *This work presents a kaleidoscopic view of the very diverse and variable aspects —somatic, social, psychological, cultural and technological— that shape a postmodern youth's profile. And Human Sciences professionals come face to face with this postmodern youth everyday: the body metamorphosis, the hyperconnected loneliness and the affective autism in spite of the "overinformation" received, the difficulty in assimilating and symbolizing knowledge and emotional experiences, the sex play ambiguity, the search for referents for identification, the unstable ego, the search for risk and limits to increase life perception, etc. This sharp analysis offers material for reflection to educators, psychologists and sociologists, since we all must build an integrating puzzle to help those adolescents and youths assimilate values and psychic maturation lines.*

Key words: *Postmodern youth, new values, psychosocial perspective, emotions, cultural goals.*

La juventud, esa enfermedad afortunadamente pasajera de la que sin embargo nos gustaría convalecer de por vida (J. M. de Prada, 2005).

¿Es cierto esto? Yo pienso que la exaltación de la edad juvenil, unida al desdén y a la prevención que los viejos adoptan frente a ella, son sólo dos tópicos de entre los muchos que se adosan a la mitología juvenil. Pero cuántos de nosotros elegiríamos ahora, con todas sus consecuencias regresar a nuestros 18 años, abandonando lo que somos por lo que fuimos. La idealización que hacemos del pasado juvenil es pareja a la idealización de la felicidad que atesora el futuro con la que sueña el joven. Nadie está satisfecho con lo que es. El hiato de la insatisfacción lo pone el deseo y nadie como el adolescente para acentuar esa cesura, ese abismo entre lo real y lo imaginario, entre el yo y el ideal del yo.

POSTMODERNIDAD, SEGUNDA MODERNIDAD O 'MODERNIDAD LÍQUIDA'

La coyuntura sociocultural actual, ha sido tildada por los pensadores de vanguardia como "postmodernidad". Si moderno significa actual, contemporáneo último, carece de valor semántico el prefijo 'post', pues sólo lo actual es real y nada hay posterior a lo actual. Más atinado y preciso es el término ultramodernidad, porque indica un más allá, un afán rupturista que sobrepasa los parámetros modernos. La construcción 'modernidad líquida' alude, probablemente, a la cualidad de la materia líquida, carente de forma propia y adaptable a la forma que posee el recipiente contenedor. No hay en esta postmodernidad propósito de transformación, sino de disfrute, exprimiendo al máximo toda posibilidad inmediateista que arroje gratificación (el fin es degustar sensaciones, paladeando la vida en todas sus dimensiones). La felicidad se ha impuesto como un imperativo consumista inundando los supermercados culturales de libros de auto-ayuda. La postmodernidad está abierta a los juegos de lenguaje, híbridos, mistificados y mezclados (el mestizaje en todos los órdenes es la moda indiscutible)¹ caó-

1 Vattimo habla de 'pensamiento de la contaminación'.

tica y profusamente, sin criterios fijos. No está de moda la pureza ni la profundidad, sino la mezcolanza y la profusión.

La inestabilidad es presentada como lo verdaderamente creativo y puntero. Se da una estetización general de la vida, lo que arrastra lo que Baudrillard denominó “sociedad del espectáculo” o “sociedad del simulacro”. La ética se disuelve y desaparece en las fauces del criterio estético (‘si me gusta, ha de ser bueno’). El actor social desaparece, mientras cobra auge el egoísta ramplón, figura que alcanza su apoteosis y cénit en la glorificación de la zafiedad y la interpretación de lo vulgar como lo más representativo de la democracia (“aura mediocritas” como nunca), en lo que es fácil reconocerse. La paganización de la vida y sus temas ha endiosado a los intérpretes (iguales a mitos evanescentes de imperioso pero fugaz histrionismo), y ha degradado los temas, ha des-transcendentalizado la peripécia del vivir y la metafísica. La épica heroica ha cedido ante la narrativa prosaica del reality-show.

La postmodernidad está introduciendo un conjunto de claves y referentes nuevos que distorsionan los parámetros del proyecto vital y su significado de una forma notable. Desde la mera esencia física que nos constituye y que acostumbrábamos a considerar irreversible y determinante del abanico de nuestras posibilidades, hasta el tejido social que creíamos fijado en sus líneas de relación esenciales, todos los estratos de la vida sufren cambios cataclísmicos a cargo de la ingeniería genética, las telecomunicaciones, la globalización tiránica e indiferente respecto a los pueblos y a las gentes, etc.

El efecto revulsivo es imparable y recae sobre el magma maleable e incandescente de la adolescencia finisecular y princisecular, coyuntura ideal para escenificar y tornear todas las transformaciones. A los sujetos de otras generaciones, muchas de estas convulsiones nos sobrecogen sólo como espectadores, o críticos, o diques de contención de la confusión y torbellinos que provocan, pero a ellos los vientos de la postmodernidad les arrostran frontalmente. Ellos son los autores, los coreógrafos y los beneficiarios / víctimas principales de los cambios. El yo se siente sometido a un desgaste, a una caducidad, que le aboca a un reciclaje continuo, a una restauración incesante de su interior y a un flujo variopinto de sus redes de contacto exterior. El precio es la angustia de rejuvenecerse, actualizar-

se, perpetuarse en un ahora que se prolonga a la eternidad, donde se borran los proyectos, el devenir y las metas. Los psicólogos (y, por ende, psiquiatras, pedagogos y maestros) hemos de comprender como testigos enganchados a la cola del cometa el (sin)sentido de sus angustias y las causas que las promueven.

EL CUERPO COMO *PERFORMANCE*

Afirma N. Katherine Hayles que la base corporal del hombre sobre la que se instala la conciencia es un puro accidente histórico que puede ser reemplazado por otras prótesis post-humanas. El cuerpo es tomado como materia manipulable, masa sobre la que actuar obedeciendo a deseos movedizos, intereses más o menos espurios, o metas transitorias. El hombre puede (fáctica y moralmente, o eso se predica desde la moral hedonista e individualista en la que nos desenvolvemos) esculpirse a sí mismo, rebelándose contra la genética heredada y cincelándola preventiva o terapéuticamente. Las nuevas generaciones están creciendo con una idea impensable años atrás: el cuerpo no es una configuración inapelable, una realidad que les obligue y les condene a su acatamiento. Antes al contrario, el cuerpo es maleable y el joven es su escultor y su elector.

El adolescente actual concibe su cuerpo como un bien de propiedad exclusivamente privada, y como una herramienta comunicativa, diferenciada y expresiva. A menudo necesita deconstruir lo recibido por la herencia y personalizarlo, “customizarlo”. Sus características son optativas y mutables. La ingeniería biológica y la “psicocirugía estética” permiten convertir al cuerpo en campo de exploración o yunque de cirujanos. Lo desgraciado es que el “Y seréis como dioses” está a punto de devenir de veredicto en maleficio, pues el artista (creador de sí mismo) facultado para decidir en qué desea convertirse, se angustia al perder su esencia o no hallarla en los quirófanos. El joven no acata su constitución anatómica como un pasaporte único e inexorable, sino que la metamorfosea en múltiples identidades afines a sus estados de ánimo, a los dictados de la moda, a los rituales pandilleros, a la estética difundida mediáticamente. El joven decide cómo quiere ser y su cuerpo deviene su carta de presentación, su reclamo publicitario, su oferta para el consumo (amo-

roso, ideológico, lúdico) de los otros. El cuerpo es el lenguaje de una performance teatral ante el otro-público que, a su vez, toma posición adhesiva o distante ante el cuerpo exhibido, en una incesante catarsis de la provocación.

“TUNEAR” EL CUERPO PARA SALIR DEL ANONIMATO

La pertinaz ansia de identificación con un referente interno o con un modelo externo, unida a la necesidad de singularizarse conduce al sueño de esculpir su posesión más cercana y exclusiva: el cuerpo, usando los recursos más variados: *piercing, branding, burning, cutting, peeling, lifting, stretching, tatoo*, decoloraciones y pigmentaciones del pelo o la piel, vestimentas *grunge, punk, rokers*, etc. Todo ello destinado a fabricar un yo que afiance su consistencia, aunque se deshilache a cada paso. Al igual que en el “tunning” se personaliza el coche para diferenciarlo del anodino modelo de serie, incorporando colores, complementos y prótesis idiosincrásicas, así todas las variantes enunciadas singularizan al individuo.

La OMS identifica nuevos síndromes a los que los jóvenes son más vulnerables: S.A.F. (Síndrome de Adoración de los Famosos o “famadictos”, en expresión del catedrático Manuel Mantero) o el Síndrome de Clerambault, el Síndrome de Bartleby... La potencia de las identificaciones proyectivas con ídolos del deporte, de la música o de los actores y personajes del cine o de las series, señalan bien a las claras el hambre de modelos identificativos, la hipertrofia delirioide del yo ideal que adquiere tintes maníacos y megalómanos, señalando (como todo exceso) su contrapartida: la falta, la carencia de identificaciones familiares cercanas y afectivas.

ORFANDAD PSÍQUICA Y BÚSQUEDA DE NEXOS

No hay tanto rebelión contra el padre (Mendel), cuanto búsqueda del padre o suplantación del padre introyectado como fantasmagoría del ídolo, del crack, del campeón, de la megaestrella. Los padres actuales tienen realidad pero a menudo no tienen entidad, ni significado simbólico especial para sus hijos.

Hasta ahora venimos hablando de los adolescentes en un tono que parece inculpatario, cuando en realidad es la desorientación, la confusión, la ambición o el desasosiego de los padres, lo que actúa como onda expansiva y reverberante de todas las influencias sociales y culturales que sacuden a los hijos. Los hemos tildado de infantilismo, de peterpanismo, de estancamiento, de pensamiento operatorio, de angustia no simbolizable, de presentismo sin horizonte, incluso de “adulescencia” (J.M. de Prada), pero no es el adolescente el único responsable, sino que la culpa está dispersa (y por tanto no asumida por nadie), correspondiendo a los padres la ausencia de ejercicio eficaz y sensato de la función paterna correspondiente. Ni víctima absoluta, ni agente pleno. Ni marioneta ni artífice integral de su vida. Ensombrecedora visión la que Alejandro Gándara nos brindaba al designar a los adolescentes de hoy como “melancólicos de futuro”. Decía:

Los veo tristes los fines de semana, frente a la consola o deambulando como zombis estragados de lo que se han metido en el cuerpo, reclamando al otro sexo como un naufrago una tabla. Los veo tristes cuando se lanzan al trabajo y resulta que eso no te da para alquilar un piso, ni pagar tus facturas, ni proyectar una pareja. Los veo tristes hasta cuando dicen que son felices... Y, no sé, me ha dado por pensar en que esta cultura del logro y del dinero les está robando el deseo mientras les promete lo imposible (ABC, 10-5-2003).

DE LO LÚDICO A LO CONVERSACIONAL

El hombre está llamado a su extinción como homínido complejo pero puro y se avecina una especie híbrida de *cyborgs* en los que la diversificación de microchips, circuitos y funciones biopsicológicas estarán enriquecidas u optimizadas por simulacros que mutarán la esencia bio-psico-social que hasta ahora creíamos irrenunciablemente humana por otra de virtualidad cibernética, complementos metahumanos y relaciones parafísicas. Estamos abocados a ser simios informatizados (R. Gubern, 1987).

Los adolescentes y jóvenes son, como generación de la postmodernidad técnica y filosófica, heraldo que anticipa un futuro cercano en el que la retórica romántica debe enmudecer ante la ruptura de los

parámetros modernos de la ciencia, de la Psicología, de la situación del hombre ante el mundo y la realidad. ¿Pero qué realidad? No hay término más fantástico y moderno que éste. Alucinan sus limitaciones expresivas, sólo evocadoras de una interpretación basada en la facticidad de sus elementos, y en lo tangible, lineal y simultáneo de las relaciones susceptibles de establecerse entre ellos.

Watzschlawick se preguntaba hace décadas si es real la realidad o una pura construcción o inferencia de nuestros sentidos y nuestra tradición perceptiva y cognitiva. Pero es que la “realidad” con la que mayoritariamente interactúan y que enmarca el universo de referentes de nuestros jóvenes está abrumadoramente prefigurada y condicionada por unas coordenadas espacio-temporales distintas. Nos hemos adentrado en la Galaxia Ciber (G. Pastor, 2003), que sustituye a la Galaxia Guttemberg. No pocos dibujan el entorno de los niños y jóvenes del siglo XXI en un aula virtual (digital), al tiempo que se pronostica el ocaso de la letra impresa y de la pedagogía instructiva a favor de la pedagogía interactiva del alumno con toda la Cultura contenida en el Ciberespacio. *Blogs*, foros, chats, mensajes *sms*, *e-mails*, etc, construyen una trama social que, a la par que preserva la individualidad como nunca antes, teje una sutil red de relaciones *hic et nunc* de enorme fuerza y poder sociopolítico.

El yo del joven es el de un actor que enhebra retazos de identidades múltiples, un acróbata en la respuesta diaria al quién soy. Sin respuesta unívoca ni prolongada, irá de un rol y de un ropaje a otro, y luego a otro, y de lo real a lo imaginario, tantas veces como guste: actor versátil en el escenario del Gran Teatro del Mundo ciber-virtual. Personalidad múltiple, “personalidad *como sí*”, personalidad límite, despersonalización, vacío, confusión, hemofílicos psíquicos que se deconstruyen y se derraman en cada pose, en cada versátil escenario o foro. Divertirse y conversar hasta morir. Hablar elude la muerte. Los jóvenes se extenuan comunicándose. Ni siquiera es relevante el tema.

SALIR DE LA BLOGOSFERA Y DEL CIBERESPACIO PARA DECIR “NO”

Entre tanta representación fugitiva, no hay tiempo para arracimar rasgos que condensen y perduren. Serían incluso, de poseerlos, un

pesado equipaje que dificultaría la plasticidad y ductilidad arcillosa que las pautas culturales les trazan. De ahí que a menudo les resulte más difícil definir lo que les gusta, lo que quieren, lo que necesitan o lo que son, que delimitar lo que no son. Su perplejidad y su rabia contra el vértigo que les engulle y les deglute consiste en decir “NO”: a la cultura aprisionada en una horma libresca y anticuada, formal y estabulada en las aulas de diseño doctrinal, unilateral y antidemocrático; no a las convenciones del día y de la noche; no a los rituales familiares y a las prescripciones de salud y enfermedad; no a políticas falaces y aburguesadas que les excluyen, no al libre albedrío, no a la guerra, no al sistema, no al respeto a la autoridad y a cualquier norma reguladora. Su opositorismo es anárquico y exento de ideología, su rebeldía no alienta pruritos de cambio social, ni dibuja románticos horizontes, su librepensamiento se trueca en absentismo escolar y en inhibición abstencionista en los asuntos públicos.

Para un porcentaje alto de adolescentes, sus coordenadas espaciales están restringidas o mediatizadas por el encuadre de una pantalla (“pantalla total”, en términos de Baudrillard): de televisión, del móvil, del ordenador, del cine, de las videoconsolas, ante las que pasan la mitad de su ocio y la mitad de su tiempo escolar o laboral. Pantalla que es rectángulo de luz, sonido, imagen o palabra que primero deforma la realidad al reducirla al foco del encuadre, y luego conforma una meta-realidad que pronto deviene exclusiva realidad. Incluso se les ha bautizado como *screens-agers* (edad de pantallas): tal es el soporte fundamental de sus vidas. Sartori hablaba del niño-vídeo o del *homo videns*, como una nueva subespecie derivada del *homo sapiens* y sucesor del *homo ludens*. En la sociedad teledirigida que habitamos, el niño-vídeo efectúa la mayor parte de su aprendizaje a través de la televisión. Expuesto a una inmersión en lo visual e ‘imaginario’ que desvirtúa cualquier otra forma de conocimiento. Las consecuencias son la agrafia, el empobrecimiento cultural, el raquitismo lingüístico, la pasividad, la atrofia del pensamiento abstracto y simbólico y la comprensión fragmentaria, parcelada y divergente de los estímulos des-integrados.

LA CULTURA PICA-PICA

El adolescente se confronta con clichés, iconos, eslóganes, fetiches y modas prefabricadas y estandarizadas que erosionan o escu-

pen cualquier vestigio de individualidad que trate de mantenerse incólume a estos bombardeos estimulares. La extensión y dispersión estimular provoca dificultades de atención, concentración y retención conocidas comúnmente como hiperactividad o Trastorno por Déficit de Atención. No es frecuente que cuanto viven o hacen traspase la cutícula de sus sensaciones emotivas y sus diástoles fisiológicas, sus tics y guiños de grupo. Nada horada lo suficiente como para acceder a la racionalidad: la estimulación, información o comprensión son más extensivas que intensivas. Funciona a modo de picotazos impactantes que dejan las mentes como el granizo los campos. A diferencia de la lluvia, el granizo no penetra, ni cala, sólo devasta. Tal ocurre con los vaivenes estimulares recibidos frecuentemente maximizados por drogas o alcohol.

Pero en su atribución del significado de la cultura, los contenidos educativos recibidos en institutos o universidades son anacrónicos, no epatantes y nada significativos dentro de su espacio vital y su área de intereses cotidianos. Centros escolares y jóvenes se desdeñan mutuamente porque ninguno se acopla a las expectativas del otro. Los pedagogos, psicólogos y planificadores de la cultura deben tener en cuenta que no pueden abominar de la demanda juvenil tachándola de frívola, lighth, banal o débil. Aún siéndolo, no van a aceptar la cultura solemne, grave, moralizadora, ilustrada, erudita y acumulativa. Eso se acabó, pertenece al espíritu enciclopedista y moderno. Que prevean otros diseños más vivaces, entretenidos, interactivos, rápidos y no comprometidos ni vinculantes. Esa es la exigencia del joven postmoderno al sistema educativo. Debemos fabricar alimentos culturales afines a cualesquiera otros productos de consumo: destellantes, visualmente atractivos y a ser posible con premio.

El “homo zapping” es uno de los trasuntos de la postmodernidad que mejor definen a las generaciones perplejas de la actualidad: *fragmentación, hibridación, complejidad, síntesis, ligereza, pluralidad, superficialidad, dispersión, deconstrucción, pensamiento débil, consistencia lighth, sucesión, euforización, banalización, espectacularización, bulimia informativa y falta de elementos aglutinadores e integradores*. ¿Qué otra cosa podemos esperar sensatamente que no sea la desvertebración del yo? I. Ramonet (2001) habla de un joven sobrealimentado de golosinas visuales, pero que rara vez se nutre de

una comida verdaderamente consistente. Lo que, emulando la denominación que recibe este trastorno alimentario, nos autoriza a designar el hábitat socioeducativo del niño-adolescente, como “cultura pica-pica”. Cultura *pulp-fiction* la denomina A. Astorga (2006) y que incluye los siguientes ingredientes: consolas, Champions, porno, *iPods*, *wikis*, adicciones químicas, *home-cinema*, y como mucho libros-acontecimiento².

Diversos estudios han dado la voz de alarma al constatar que la cultura mediática a la que los adolescentes están sobreexpuestos, atrofia los niveles superiores (conceptualización, representación, simbolización o semantización). El *homo videns* nunca supera la edad mental pre-simbólica de la primera adolescencia; se perpetúa en el pensamiento concreto operatorio. Devendrá un pseudoadulto incapaz de respetar y ejercer autoridad alguna. Este sujeto está predispuesto a vivir jugando, ágrafo y tedioso, con un yo proteico, disociado en su multiplicidad deconstruida. Ausencia de representaciones conceptuales que descarga de entramados neuróticos la nosografía adolescente, multiplicándose las somatizaciones, adicciones y trastornos borderline que juegan mucho más con las metamorfosis de un yo de-construido y sin su más profundo centro.

EL JOVEN INTERNAUTA: LA INTIMIDAD HIPERCONECTADA

La tiranía de lo icónico, de la imagen (en el doble sentido de representación visual y apariencia estética) está teniendo su consecuencia en el despotismo del Logo, la Marca. Sartori pronostica que Internet será un magnífico instrumento infrautilizado, cada vez menos valioso y más lleno de futilidades, trampas y desfiladeros de propaganda que van a contaminar el producto y colapsar el instrumento, hastiando al usuario. Ramón Buenaventura proclamaba la decepción popular ante Internet y sus prometidas e infinitas posibilidades.

2 Son libros-acontecimiento los que, siendo best-seller o poniéndose de moda en un sector por las técnicas del rumor o del intragrupo, estragan el paladar como una comida sobrecargada de especies, disuadiendo al lector potencialmente conquistado de efectuar otras lecturas válidas e interesantes, si no cumplen el requisito de estallar en sus mentes cual artefacto explosivo. Su magnetismo consiste en ser el tópico de sus conversaciones y en hacerles sentir partícipes de un evento que les definirá y diferenciará de los no iniciados.

Más de cien millones de chicos entre los doce y los veinticinco años se comunican a través de los messenger, con cámara incluida, de SMM, Yahoo! o Wanadoo, para intercambiar escritos, imágenes y música a lo ancho del mundo. Y estos muchachos, al revés que la mayoría de los adultos, no emplea internet como una reserva de saber sino como una vía de contactos (V. Verdú, 2005, p. 190).

Si el tiempo que nos ha tocado vivir es, por otro lado, un tiempo extra-cultural, el instrumento tan poderoso deviene soporte propagandístico (comercial o político), o diseminador de entretenimientos diversos (juego, sexo perverso, conspiraciones, tramas de influencia social casi imposibles de desactivar, etc.). El antídoto de la inoculación informativa e invasiva debería ser el escepticismo crítico y la prudencia y mesura selectiva en el uso. Entre tanto llega ese momento, nuestros adolescentes consideran las pantallas como los oráculos griegos, con el inconveniente de que estimulan sus sentidos pero embotan el entendimiento, porque la palabra tiene más capacidad connotativa que la imagen. Los animales ven pero no hablan, ellos no han generado cultura, aunque sí costumbres y ética, pero sí lo han hecho los parlantes.

Los innumerables jóvenes adictos a las pantallas, en vez de vivir en primera persona, observan vivir (reales o virtuales, poco importa cómo sean los entes) o viven para tener algo que narrar: ofrecen en el altar de la red su experiencia al escrutinio de conocidos o desconocidos. Curiosa exhibición de la intimidad paradójicamente compatible con el aura autista que les envuelve y de la que se lamentan sus propios familiares. (Viven enfrascados en un mundo singular, amurallados contra el ideario y las prescripciones adultas). Intimidad celosamente defendida para unos, pero impudicamente abierta para otros.

DESCONFIANZA DE LA CULTURA REGLAMENTADA

Estos adolescentes, inflados de sub-información, crecen vaciados de estructura capaz de metabolizar los contenidos excesivos cuantitativamente, pero amorfos cualitativamente (cuando no estridentes, amarillistas o fabricados ad hoc), estando dispuestos a abrazar cualquier propuesta: crédulos e infantilizados. Hemos llegado al fin de la

era libresca y adviene una etapa de ideas infiltradas catódicamente en dispositivos electrónicos lúdicos y tecnológicos a un tiempo. Inmersos en los nuevos códigos de la postmodernidad, el prototipo de joven adaptado a los nuevos tiempos picotea su pitanza cultural (dejémoslo así; no lo devaluemos a pseudocultural, ni a contracultural) de aquí y de allá, no almacena saberes escleróticos, sino que viaja, navega, chapurrea varias lenguas, ve, mira las pantallas, juega, descifra códigos de sus juguetes electrónicos.

Nos invade por doquier una oleada de vulgaridad, simpleza y banalidad de la que a cierta edad podemos considerarnos relativamente inmunes gracias al caparazón de pensamiento crítico que hemos elaborado en etapas previas; pero ¿y los niños y adolescentes actuales que carecen de armazón y de coraza frente al triunfo y exaltación de la vida-juego, la vida-espectáculo, la vida desparramada que se exhibe sin contrapunto alguno en las pantallas? El homo sapiens ha dado paso al *homo insipiens*, que ahora prolifera e inunda hasta los organismos de poder, el deporte, los medios, las coordenadas productivas, etc. El paradigma que ha supuesto durante años “Crónicas Marcianas” para los adolescentes refleja la deriva el esquema social de lo glorificado: un lumpen mal formado, inconsistente, desvertebrado y vacuo. La televisión como instrumento pedagógico entroniza al perpetuo infante inane y acrítico, al enfermo de vacío, que sólo despierta de su modorra abúlica a base de estimulaciones sensacionalistas extremas: televisión-basura. Que estupidiza y tantaliza es un axioma que no precisa demostración.

Sumidos en un letargo intelectual, en una pasividad represiva y en una dificultad para emprender búsquedas activas o para entusiasmarse con su tarea de investigar y adaptarse al entorno. Los propios alumnos reflejan en una encuesta del Instituto de Evaluación y Asesoramiento Educativo (IDEA) que son incapaces de valorar y ejecutar tareas que supongan esfuerzo y cuyos réditos se obtengan a largo plazo. No temen represalias por su fracaso escolar, ni anticipan una merma en sus gratificaciones si se apean del sistema público de cultura. La *auctoritas* académica les causa escepticismo y desconfianza; se fían tan sólo de lo que sus iguales les transmiten. Funciona el boca-oreja y la exploración autodidacta de intereses personales, pero los docentes no son sino un atajo de enciclopedias desvitaliza-

das que pretenden abducirles a su Olimpo del saber que les alejaría de su ‘peña’. Sólo los iguales son dignos de fe, no las vacas sagradas de los catedráticos, habitantes de un mundo extinguido: El paleolítico cultural de los saberes clásicos e ilustrados.

FAST-THINKERS

Antes apuntaba también a la coordenada tiempo: Lypovetsky calificó el fin de siglo como “el imperio de lo efímero”. El joven es consumidor de tiempo, devorador, transeúnte de la sucesión de instantes y novedades. Los instrumentos, los enseres, móviles, programas, videojuegos, ordenadores, electrodomésticos, hasta los afectos están signados por una fecha de caducidad que los engulle. El marchamo de calidad y el deseo de adquisición, van ligados siempre a lo último, lo nuevo, lo vanguardista, el proyecto, el lanzamiento; nada que dure, que arraigue, que comprometa o que vincule, dando estabilidad o seguridad. Este frenesí filoneísta (apasionado por lo novedoso, con tal de que esté candente, no importa su calidad o utilidad) o esnobista, apresurado, inmediateísta, es forzosamente sensorializado, se queda a ras de la piel, no puede ser metabolizado más que como vértigo, a través de multiformes apariencias corporales del síntoma, o a través de patologías de la imagen, de la sexualidad, del consumo. Todo, la identidad incluida, es proteiforme, el yo es un yo ameboide, sin contornos definidos, ni consistencia de rasgos. Lo plural, maleable e hiperplástico de la fenomenología adolescente multiplica las expresiones histeriformes.

El lenguaje juvenil encomia lo *fast* (rápido) y denigra lo *low* (lento). Eso provoca una dictadura de la prisa y una paralela dificultad para el ejercicio (entrenamiento) de una de las funciones madurativas del proceso secundario (la inhibición, el aplazamiento o la renuncia) y un crecimiento de los trastornos en el control de impulsos o propensiones al *acting* convulso, con predominio de lo sensorio-motriz sobre lo simbólico. El ser se cuece en la lentitud. El tener, en cambio, puede depender de oportunidad, táctica o ingenio. He aquí cómo el tener, el parecer, el simulacro o la estrategia van ganando la partida a la lenta maceración o laborioso cincelado del ser. *Fast*

Foot —comida rápida— y *Fast Thinkers* —pensadores rápidos— son producto o epifanía del mismo *cul de sac* de la postmodernidad.

Un Macmundo (Pérez Jiménez, 2002), donde impera la uniformidad y la customización a un tiempo, el individualismo subjetivista, el relativismo perspectivista, y —paralelamente— el gregarismo totalitario de lo políticamente correcto. Prevalece una iconografía de la insustancialidad y de la banalidad.

¿Acaso no comprendemos que la pérdida de rasgos (producida en buena medida por la franquización del mundo) nos va haciendo cada vez más aptos para la clonación? (E. Sábato, *La resistencia*, p. 82).

Houellebecq traza un panorama desalentador en “El mundo como supermercado”, donde la tiranía del mercado ha roto la frontera que separa productos y productores. El adolescente se sabe abocado a un mundo en el que su persona tiene precio, un valor temporal, desechable y sin garantías, aunque con contraprestaciones. Para el sueño económico de este capitalismo de ficción (V. Verdú, 2003) todo es regulable como mercancía y “todo valor humano tiene su equivalencia económica y todo deseo tiene su satisfacción en objetos de consumo o en imágenes de cuerpos reeditados” (Vila, 2005, p. 68).

Así pues, asistimos a la modificación del estatuto del yo (la pregunta por el qué soy es hoy día previa a la de quién soy), dado que la alteridad la componen a menudo objetos-cosa con funciones pseudopersonales (chats, jugadores o héroes virtuales, informadores o parejas no corpóreos), y cuando el otro es un objeto al que se le asignan o atribuyen cometidos o significados humanos, es lógico que el hombre —por ósmosis— también se objetualice, se cosifique o se reifique, o, lo que es igual, se deshumanice.

El otro no es ni sujeto ni objeto, sino un *sobjeto* (V. Verdú, 2006), un objeto de degustación en tanto que admita quedar minimizado ante mi a su dimensión de consumo, conversación o intercambio, y sólo para el tipo de transacción que se plantee —sea ésta emocional, sexual, comercial o de diversión—. Se abre una nueva etapa en la que cada sujeto —sobre todo los jóvenes—, más zambullidos en el esquema- pacta tomar y donarse a los otros en una miríada promiscua de cruces interactivos. La única meta en generaciones sin destino trascendente es atesorar experiencias múltiples e imaginativas, originales y límites. Todo es posible, siempre que se parta y se

comulgue con el no-compromiso, con el no-futuro, con el no-definitivo. La vida es un *buffette* libre desplegado ante el apetito caprichoso y momentáneo.

Ese joven átono, abúlico, un poco plano y estuporoso, ¿no es acaso un contrapunto de la robotización causada por la hipertrófica mecanización del ecosistema estimular y relacional en que transcurre lo humano? La robotización del hombre corre pareja a la humanización de los robots, a juzgar por los prototipos diseñados en Japón, y que pronto podrán adquirirse incluso para cumplir funciones afectivas, relacionales y sexuales, además de para las que se les presupone. El verdadero “Gran Hermano”, anticipado por Orwell (1984), ese gran ojo manipulador que tele-dirige a través de las diversas pantallas, y absorbe la autonomía y el criterio del espectador, representa el nuevo Gran Teatro del Mundo, en una mezcla fragmentaria, yuxtapuesta e incesante de imágenes, información, acontecimientos, que van minando y anulando la sorpresa y la iniciativa curiosa.

MANDAMIENTO ÚNICO: NO ABURRIRSE

La bestia negra de la juventud postmoderna es el aburrimiento. La sobreestimulación recibida desde el nacimiento, no les ha hecho más inteligentes, sino más ávidos. Ha creado adicción a las sensaciones y novedades. De no obtenerlas, el reflujo inevitable es el desinterés, el hastío. *El temor a aburrir a los alumnos, hace a muchos profesores abdicar de la palabra y la exposición a favor de los gráficos, los reportajes, las dramatizaciones, los chistes o mil variantes del show. Acróbata, mago, actor o músico, en un esfuerzo denodado de despertar de la catatonía mental a los bostezantes, consultantes del reloj y cuerpos de arcilla desmadrados sobre los pupitres.*

Aburrirse siempre ha formado parte de la condición humana. La feria de vanidades y banalidades que se vende en la sociedad del espectáculo ha satanizado el aburrimiento como lo incongruente. Se consagra la di-versión, dejando de ser una aspiración para devenir una exigencia, un imperativo irrenunciable. La intolerancia al aburrimiento entronca con la avidez incesante de actividades y con la búsqueda de estimuladores dopaminérgicos que aumenten o equili-

bren el rendimiento del centro del placer. J. A. Marina señala la semejanza etimológica de di / vertere (divertir) y per / vertere (pervertir): parientes cercanas (si le añadimos con / vertere (convertir)) que apuntan a la plasticidad y versatilidad de la pulsión y a las metamorfosis que adopta la angustia en las patologías juveniles: diversión (al precio que sea), perversión (desparramamiento bárbaro y límite de la violencia en muchas tribus urbanas), conversión (nunca el cuerpo ha sido tan estandarte y pancarta de la vacuidad de sentido y de la carencia como en las bulimarexias por ejemplo).

LA DEFORMACIÓN RELATIVISTA

La cultura tiene un sabor decadente, crepuscular, a fin de época; la democratización del acceso al saber ha banalizado la relevancia, ha homogeneizado el mérito, ha trivializado la excelencia, ha repudiado los valores del clasicismo para encumbrar —en la apoteosis de la estulticia— al transgresor, al miserable, al famosoide, al monstruoso, al tremebundo, al cínico, al traidor, al falso. La cultura de lo *freak* está rompiendo valores que troquelaban el sujeto moral (compromiso, responsabilidad, altruismo, honradez), dando alas a la creencia relativista en la que no sólo todo vale, sino en la que todo vale lo mismo, pues sólo importa la consecución del fin más encumbrado: el éxito a ultranza y su traducción crematística en dinero. En un romántico y cándido escrito encabezado por Alvaro Mutis, titulado “Manifiesto por la muerte el espíritu”, los firmantes señalaban:

Nuestro destino es estar privados de destino, es carecer de todo destino que no sea nuestro inmediato sobrevivir... Carecer de destino, estar privados de un principio regulador, de una verdad que garantice y guíe nuestros pasos: semejante ausencia —semejante nada— es sin duda lo que trata de llenar la vorágine de productos y distracciones con que nos atiborramos y cegamos.

Esta banalización o idiocia moral ha sido estudiada por muchos: Norberto Bilbeny, Enriqueta Moreno o George Steiner, por señalar sólo a aquellos de entre los pensadores a cuyo conocimiento he accedido que más certeramente han puesto el dedo en la llaga. Por distintos caminos, todos concuerdan en señalar que de este nuevo malestar en la cultura se desprenden nuevos síntomas: la psicopatía

por atrofia superyoica, el hedonismo histeroide o la compulsión al narcisismo o el fanatismo radicalizado en crueldad y vileza, son sólo algunas resultantes de la nostalgia del absoluto perdido:

Los cultos de la insensatez, las histerias organizadas, el oscurantismo, que se ha convertido en un rasgo tan importante de la sensibilidad y la conducta occidental, son cómicos y a menudo triviales hasta cierto punto; pero representan una ausencia de madurez y una autodegradación que son, en esencia, trágicas (G. Steiner, 2001, p. 87).

¿Qué es esto sino la **patología del desasosiego**? ¿Hay algo más adolescente que el desasosiego?

Los absolutos han dejado de trascendentalizarse (ni son divinos, ni son conceptuales: PAZ, JUSTICIA, LIBERTAD) pero siguen mitificándose y acaparan muchas de las formas de la adictividad postmoderna: nuestros jóvenes se enganchan a tareas, sustancias, instrumentos, juegos o relaciones tóxicas, buscando no ya liberarse o mejorarse, sino potenciar la autopercepción del yo y extremar la experiencia sensorial y emocional. Los caminos del síntoma desvelan la inmanencia con que la angustia se agazapa tras los nuevos talismanes de la felicidad: la belleza, el dinero, el éxito. Vemos la necesidad de hallar un asidero firme tras el hambre voluntaria o el vómito autoinducido en los trastornos alimentarios; la vemos también en la brega masoquista del gimnasio que se infligen los vigoréticos; vemos la búsqueda del otro y del sí mismo en los enganches adictivos a los SMS, a los chats, a los foros o partys; vemos la función especular del joven en los botellones y en las macrofiestas (es espejo de otros y busca a los otros como espejo).

LA AMBIGÜEDAD DEL DESEO

Las nuevas generaciones han impuesto nuevas modas: lo metro y lo tecnosexual, lo gay y lo femenino. En todas ellas predominan los “amores mercuriales”³, desencantados y fugaces, contingentes,

3 Utilizamos la expresión ‘mercurial’ de manera metafórica, adoptando la afortunada visión de J. A. Marina al respecto, quien se vale de lo que acontece al mercurio cuando se expone al aire libre, abandonando su contención dentro del tubo, las gotas de mercurio se agregan y desagregan incesante y caprichosamente. Tal es la fórmula combinatoria que rige la conducta afectivo-sexual de un gran número de adolescentes, lejos del afán de estabilidad y perduración de otras edades u otras generaciones.

exentos de la vocación de eternidad y necesidad. Amores que perduran lo que aguanta la química y la sintonía emocional, y que se agostan fácilmente ante las dificultades o escollos. Pocos jóvenes se imponen perseverar más allá de las crecidas de la pasión. Tácitamente se acepta que los estragos del tiempo y la costumbre mermarán la gratificación de la pareja y entonces será conveniente elegir senderos que se bifurquen⁴.

Las generaciones de veinteañeros ensalzan la autenticidad del yo y de las propias normas esenciales por encima de la persistencia de los vínculos. Observen cualquier serie televisiva protagonizada por jóvenes y verán escenificarse estos juegos de agrupamientos, rupturas, reagrupamientos y fragmentaciones, en una búsqueda desesperanzada del acoplamiento perfecto. Pero la continuidad, la lealtad y el compromiso no siempre son considerados como un valor, sino signos de esclerosis, de anquilosamiento, de renuncia al ideal romántico, de rendición y traición respecto a los sueños juveniles. Frente a ello, exaltan la libertad de elegir sin excluir el ingrediente del capricho, en detrimento del compromiso. Muy bellamente, Fernando Savater aplaude el deleite dionisiaco de la vida, esa plenitud del eros que, sólo cuando se desliga de su objetivo intrínseco de supervivencia, deviene tanático. Dice que la humanidad está enferma de énfasis y de un “pathos” arrebatador:

La belleza de lo contingente es la que celebra tanto el temblor de lo que nos es dado como la sombra de lo que nos falta (F. Savater, 2003, 186).

Si el adolescente elige intensidad condena a la caducidad a aquello que elige (lo intenso es efímero)⁵. Supone resignarse a la muerte y al reemplazo del objeto de deseo, reducido así a su minúscula dimensión de objeto-cosa sustituible, la renuncia al Deseo concretado en otro, la extinción del romanticismo. Algo así presagió ese per-

4 Se da una disonancia cognitiva frecuente en los adolescentes actuales: el anhelo de encontrar la pareja perfecta omnicomprensiva, dechado de perfecciones y atractivo corre parejo a la convicción de la caducidad de los emparejamientos, llamados a disolverse cuando arrecian las dificultades o el desamor u otras alternativas emergen en el horizonte.

5 No es trivial traer aquí la mención de la segunda y también revolucionaria cosmovisión cultural realizada por Lipovetsky en “El imperio de lo efímero” (Anagrama, 1989).

petuo adolescente que fue Luis Cernuda cuando abogaba proféticamente por ser “fiel en cuerpos sucesivos”.

LA DUCTILIDAD SEXUAL

No ha mucho que se partía de que la condición sexual de cada uno era estática e inalterable. Ahora, en cambio, tiende a interpretarse como opción, como elección basada en la afinidad circunstancial, y por consiguiente, susceptible de metamorfosis a lo largo de la vida. Se acepta que uno no nace hetero, homo o bisexual, sino que la ocasión y la voluntad inclinarán la balanza hacia multiformes variantes de la función sexual. Interpretación confusa y falaz, pero que intenta restañar el protagonismo personal —en vez de la imposición anatómica o cultural de género— en la elección de la modalidad de la coyunda. Infinita aleatoriedad.

Algo que vemos en la escenificación amorosa juvenil: donjuanismo insaciable, masculino o femenino que desemboca en una encrucijada opuesta a la planteada por Freud que era, a saber: fuerza del deseo, debilidad de ejecución (impotencia). En la postmodernidad adviene otra paradoja opuesta, familiar a todos los psicoterapeutas en la que la prontitud y facilidad de ejecución se acompaña del languidecimiento del deseo, percibido en sordina, incluso a través de numerosas y plásticas expresiones de una neo-sexualidad “operatoria” (no simbolizada). La sexualidad es más que un argumento afectivo, un conducto lúdico y expresivo. Desde el desdén por los compromisos estables, los jóvenes asumen su condición de máquinas eminentemente solteras y experimentalistas. La permutación de parejas y géneros, edades y modalidades exploratorias se asocia al concepto de libertad sexual.

Quien más quien menos se reserva la opción de la retirada. La tendencia es fusionarse sin fundirse. Ser joven es sinónimo de apertura a lo novedoso de la experiencia, nadie firma la fidelidad como un cheque en blanco y vitalicio. En la combinatoria posibilista de encuentros o accidentes amorosos múltiples, la duración del acoplamiento o la reserva del cuerpo para sí mismo (en la forma de neovirginidad y parejas blancas o castas) es un experimento más con toques de contrapunto rebelde y extemporáneo. Lo postmoderno no

es consumir ávidamente sexualidad, sino hacerlo sibaríticamente, en pequeñas dosis, donde el ornato infle y singularice el apareamiento carnal bruto, demasiado zafio y mamífero.

En lo sexual triunfa cualquier fórmula con tal de romper con los moldes dicotómicos hombre-mujer. La exploración de todas las caras y combinaciones del poliedro sexual está a la orden del día, pero es una moda que tiene que ver más con las metamorfosis de la pluralidad cultural constantemente proclamada como signo de liberalidad, que una realidad interiorizada. Los psicólogos serán los que deban responder si el polimorfismo sexual es un pasaporte más de la confusión histeriforme o el peaje que hay que pagar para acceder a lo políticamente correcto: ser maleable, receptivo, abierto y dispuesto a la aventura y el riesgo de lo desconocido.

Lo soberano es la *búsqueda* del placer, más que el objeto de su mediación y que el placer fugaz en sí mismo. Es el anhelo del hallazgo de un otro indiferenciado lo que prima, pero al objeto particular como tal “no se le individualiza y más bien es intercambiable” (J. McDougall, 1982, 270)⁶. Importa “tener a alguien”, y no demasiado quién sea ese alguien.

Lo “normal” en el adolescente–joven es el ejercicio de la actividad erótica de manera transitoria y transitiva. El otro no cumple su función de vocativo que llama y enciende al yo, sino que no pasa de ser un complemento provisional en la conjugación del verbo amar, gozar, juzgar o entretenerse. El otro es necesario para la propia felicidad y uno mismo se dona para el recíproco consumo placentero del partenaire. Mutua inmolación para evitar la soledad.

6 J. McDougal acierta de manera ejemplar cuando contrasta la patología sexual frecuente en la clínica de Freud y la actualmente reinante. La casuística que cualquier terapeuta atiende actualmente en sus consultas es la de jóvenes promiscuos o adictos al sexo que no se sienten capaces de amar a sus fugaces y multiformes objetos de acoplamiento sexual. Nadie destaca en la maraña plural de sus ejecuciones genitales, puro juego, desanudadas del sentimiento que pudiera simbolizarlas y rescatarlas de su carácter meramente operatorio. La soledad resultante y la angustia de no ser amado (amable) se aplaca en cada nuevo y fugitivo encuentro, antes de que emerja un nuevo desprendimiento sin duelo. La pulsión queda flotando en el limbo, glorificada, pero sin engarces que la conecten con lo real ni con lo simbólico. Viva estampa de la disociación entre una función cuasi mecánica de la sexualidad, donde la fisiología de la descarga no tiene meta emocional, más allá del orgasmo, y una sospechada pero escurridiza promesa del amor idealizado y nunca concretado.

VIVIR AL LÍMITE Y EN ESTADO DE EMERGENCIA PERMANENTE

Empieza a abrirse paso y a ser aclamado en los programas preferidos por los jóvenes lo Queer (raro); caer en lo extravagante deviene una fórmula que conquista los minutos de gloria indispensables; en todos los ámbitos se impone un argot lingüístico indescifrable para los no-iniciados en el código (V. Verdú, 2003). Encontramos una clara superposición y mistificación de órdenes: lo estético suplanta a lo ético, lo tecnológico se yuxtapone sobre lo científico; lo eficaz engulle lo valioso, el talante desplaza el talento.

La conciencia del “¡sálvese quien pueda!” ante el predominio de fuerzas disgregadoras en el mundo, obliga a los adolescentes a vivir al filo, sorteando las infinitas fuerzas de fisión que sacuden el mundo y su yo intrapsíquico y sin contrapunto suficiente de fuerzas de fusión y vinculación. Se proclama la voluntad de ser libre, pero se esconde la trampa de que el ejercicio de esa libertad entraña la elección de hacerse esclavo y dependiente de multitud de estímulos y/o sustancias que se ofrecen al sentido.

En distintas edades del ciclo vital, entre otras la adolescencia, se busca acrecentar la excitación y la estimulación, incluso la subjetivamente dolorosa, para consolidar la intropercepción de estar vivo. Algunos estudiosos han constatado que la búsqueda activa, muy del gusto juvenil, del riesgo, del miedo y del dolor, ejerce una función autocalmante y aplacadora de ansiedades de aniquilación, disolución o des-realización que les zarandean durante la epopeya adolescente.

Sociólogos actuales califican de forma apocalíptica las nuevas generaciones. Dicen que son mansas, apáticas, autistas sociales conectados al cordón umbilical del Cable, nunca tan manipulables y alienadas como ahora (C. Moya, 1986; Pérez Jiménez, 2002).

Me permito intercalar aquí un significativo análisis de Vicente Verdú al radiografiar con telescópica precisión “el estilo de mundo”:

(Los jóvenes) postmodernos son, así, como los muebles modulares conformados a partir de elementos de distintas piezas y cuya mayor ventaja es la disponibilidad para el ensamblaje o el despiece veloz. Un ser sin demasiados atributos fijos, disponible como un

juego de Lego, hecho de muchas sangres y avatares, listo para la discontinua vicisitud de la ficción. Vulnerable ante las realidades únicas, pero óptimo para las alianzas volubles y la obligada plasticidad del corazón (V. Verdú, 2002, 192).

Nos engañamos pensando que la accesibilidad, disponibilidad y globalización de los instrumentos y medios de comunicación facilitan ésta. Concuero, en cambio, con quienes (Martín Serrano, 1986; Vila, 2005) señalan que estamos hiperconectados pero infracomunicados y deficitariamente escuchados o entendidos.

LOS JÓVENES COMO SUPERORGANISMOS SINÉRGICOS

Grandes masas de jóvenes, conscientes de su fuerza ciudadana, congregados para arrasar un parque tras una macrofiesta, aclamar un grupo de rock, derribar un gobierno o boicotear una marca o una institución, forman fratrías momentáneas, *ad hoc*, sorprendentemente eficaces y temibles como la marabunta detonada por resortes químicos. Compartimos o emborrachamos la soledad con objetos de consumo o mass media que, lejos de liberarnos, mediatizan los encuentros genuinamente humanos. Los medios no son los instrumentos para vehicular el mensaje, sino que devienen el mensaje en sí mismo⁷. No se comparte con el otro, no se acompaña ni se escucha, ni se medita en el silencio. La intoxicación de ruido y de imágenes impide la germinación de ideas o la arquitectura de genuinas y profundas emociones. El resultado es ese desolador sufrimiento, el VACÍO esencial. La siguiente cita ratifica este diagnóstico:

El joven de ahora es más vulnerable. Está, como dice con precisión la lengua francesa, “en souffrance” se ve encallado y sufriendo. No tiene por costumbre pedir ayuda y se siente impotente delante de un destino incierto y cambiante. El joven, como el adulto, tiene un vocabulario carente, le faltan palabras y le sobran significantes. Falla la orientación y el sentido de la finalidad de nuestro ser en el mundo y del futuro querido. En su lugar encontramos proliferación

⁷ A buen seguro que es una observación común ver a los adolescentes, no ya hablar a través del móvil, sino comprar un móvil para hablar sobre él con los otros, compararlo, tunearlo, personalizarlo, secretarlo, aumentando así la integración y la organización intragrupal.

de imágenes y objetos y reproducción de órganos y cuerpos (F. Vila, E. Días, M. D. Vique, 2005, 69).

Son muchos los que han avisado de los peligros de este progreso decadente que no produce una evolución paralela en lo cognitivo-tecno-científico (enormemente rápido y autoactualizado) y lo afectivo-humano-ético, donde se producen colapsos, enquistamientos y cataclismos que se dejan ver en las urgencias, en las comisarías, en los brotes fanáticos, en los guettos subculturales, en el gregarismo polimorfo de los fines de semana. Nuestro mundo ha entronizado la eficacia, el FUNCIONAR y se ha olvidado de la bondad, del crecimiento interno, de la ciudadanía. El cambio en un parámetro sin cambio paralelo en el otro equivale a un progreso superficial y desorientador (L. Racionero, 2000).

Desdén hacia lo solemne y denso, condescendencia y aplauso hacia lo trivial. Se llevan las últimas tendencias que se van sucediendo en cascada de esnobismo y sofisticación. Lo rompedor es corear, no ya lo transgresor (que eso ha ocurrido siempre), sino lo decrepito o lo fashion, siempre que sea X-treme. Estas terribles formaciones reactivas signan que el nuevo mal postmoderno fue el predicho por Kundera en su soberbia “La insoportable levedad del ser”. Pues de eso se trata, en esa dolencia confusa, inaprensible y descentrada que aflige a nuestros adolescentes: del insoportable peso de la levedad de sus vínculos, de sus esperanzas, de sus deseos, de su pensamiento. Y, por supuesto, no es deseable que así sea (Rojas, “El hombre lighth”). Pero cómo hemos de quejarnos. Acaso sólo podamos resignarnos a lo que no logramos entender desde la otra orilla:

Porque el placer de no entender es un placer postmoderno, el placer de vivir en un mundo tan complicado que no tenemos ninguna necesidad de entenderlo: sólo de atravesarlo (A. Ibáñez, Blanco y Negro, 10-1-2004).

FUENTES DE LAS QUE HE BEBIDO Y REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAUDRILLARD, J. (1993). *Cultura y simulacro: la precesión de los simulacros...*, Barcelona: Kairós.
- BAUDRILLARD, J. (2000). *Pantalla total*. Barcelona: Anagrama.

- BILBENY, N. (1995). *El idiota moral. La banalidad del mal en el siglo XX*. Barcelona: Anagrama.
- CODERCH, J. (1999). La influencia del pensamiento postmoderno en el psicoanálisis actual, *Temas de Psicoanálisis, IV*, pp. 33-63.
- ECHEVERRÍA, J. (1999). *Telépolis*. Barcelona: Destino.
- GERGEN, K.J. (1992). *El yo saturado. Dilemas de identidad en el mundo contemporáneo*. Barcelona: Paidós, 1997.
- GUBERN, R. (1987). *El simio informatizado*. Madrid: Fundesco.
- HOUELLEBECK, M. (2000). *El mundo como supermercado*. Barcelona: Anagrama.
- KRISTEVA, J. (1993). *Las nuevas enfermedades del alma*. Madrid: Cátedra.
- LIPOVETSKY, G. (1989). *El imperio de lo efímero*. Barcelona: Anagrama.
- LYOTARD, J.F. (1994). *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- MARINA, J.A. (2000). *Crónicas de la ultramodernidad*. Barcelona: Anagrama.
- McDOUGALL, J. (1982). *Alegato por cierta anormalidad*. Barcelona: Petrel.
- MOYA, C. (1986). Signos del tiempo: Moderno y Postmoderno. En AA.VV. (1986). *Utopía y postmodernidad*. Salamanca: Universidad Pontificia.
- MUTIS, A. y RUIZ PORTELA, J. (2002). *Manifiesto por la muerte del espíritu*. El Cultural de El Mundo.
- PASTOR, G. (2003). *Cibercultura y pensamiento*. Universidad de Salamanca.
- PÉREZ JIMÉNEZ, J. C. (2002). *Síndromes postmodernos. Tendencias de la sociedad actual*. Madrid: Espasa-Calpe.
- PINILLOS, J. L. (1997). *El corazón del laberinto. Crónica del fin de una época*. Madrid: Espasa-Calpe.
- POSTMAN, N. (1994). *Tecnópolis*. Barcelona: Círculo de Lectores.
- RACIONERO, L. (2000). *El progreso decadente*. Madrid: Espasa-Calpe.
- RAMONET, I. (2001). *La golosina visual*. Barcelona: Edición de Bolsillo.
- SÁNCHEZ, T. (2001). *Claves psicológicas de la actualidad informativa y social*. Salamanca: Universidad Pontificia.
- SÁNCHEZ, T. (2002). Decálogo postmoderno: Los rasgos psicosociales latentes definitorios de una generación. En I. Lafuente (comp), *Los valores en la ciencia y la cultura*. Universidad de León, 2002.
- SARTORI, G. (1998). *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Madrid: Taurus, 2002.
- SAVATER, F. (2003). *El valor de elegir*. Barcelona: Ariel.
- STEINER, G.(1974). *Nostalgia del absoluto*. Madrid: Siruela, 2001.
- VERDÚ, V. (2003). *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*. Barcelona: Anagrama.
- VERDÚ, V. (2005). *Yo y Tú, objetos de lujo. El personismo: la primera revolución cultural del siglo XXI*. Barcelona: Debate, 2005.